

La última taza de café

Karla Adriana López Guevara



Capítulo 1

La última taza de café.

Hay inspiraciones que llegan con el viento, algunas furtivas, otras melancólicas, llegan como tu viejo amigo (o un viejo amor) llegan inesperadamente; algunas te hacen reflexionar, otras a tomar decisiones, otras tantas te hacen escribir. Escribes para ti, escribes lo que no puedes decir, escribes lo que tu corazón le dicta al alma o en la mejor de las suertes, uno escribe para su musa, inspiración bendita.

La melancolía es una amiga que todo el mundo tiene en común, aunque no lo sepas, ella tiene una habitación reservada en tu casa, ella te visita en esos días que te pones a pensar ¿Valdrá la pena todo esto?, volteas a tu izquierda a tu derecha y te das cuenta que ella ya está instalada en tu casa, con una taza de café, observandote, ofreciéndote sus piernas para que te recuestes en ellas y te da aquella oportunidad de llorar quedito, en silencio. Tú decides cuanto tiempo le das hospedaje a la melancolía en tu hogar, tú decides cuanto tiempo le dedicas a ella al día, tú decides que hacer con ella cuando tus ánimos han regresado y ella te ha arropado como la madre que cobija a su hijo. Ella te abraza te escucha te apapacha; otras veces se cansa de su labor, te abraza por la espalda y recuesta su cara sobre tu hombro; hay veces que se recuesta a tu lado hasta que el sueño los sorprende en el infinito llanto, se cansa de los problemas ajenos, pero al igual que tú ella sabe que la arroparás, la escucharás y la entenderás, sabe que tus piernas también son un cobijo para ella, sabe que tú le prepararás el café (endulzado con miel y dos cucharadas de cafeína)

Hoy la melancolía está acostada junto a mí, la admiro dormir bajo mi brazo, está cansada de su recorrido por la ciudad para venir a verme, la escucho sollozar, sabe que no la veré en mucho tiempo, sabe que esta noche es un "Hasta luego..." sabe que esta madrugada se irá con el frío, se irá con las horas se irá con la luna. Ella me acompañó noches enteras de insomnio, me escuchó llorar, mil veces le pregunté ¿Porqué? me observaba en silencio mientras escuchaba mi dolor: algunas veces burlona otras tantas preocupada, pero siempre conmigo; besaba mis ojeras antes de dormir, tomaba mis manos y me susurraba quedito que no perdiera la fe. Mantenía mi luz encendida y con las manos le hacía casita a la llamarada para mantenerse con vida.

Hace unos días le hable de ti, hable de tu sonrisa, de tu voz, de tus dientes, le conté de tus gafas, de tus manos, tus tatuajes, de tu nariz, de tu altura tu voz y tu risa, le platiqué de tu mascota, tus sueños planes y anhelos; sobre todo le confesé que me encontraba en paz. Al reverlarle mi presente se notó triste y preocupada, durante mucho tiempo ella fue mi musa, posó para mí mientras la admiraba y me dejaba seducir por su

belleza, compartimos la misma cama, la misma taza de café, la misma botella de cerveza, el mismo vino, compartimos los audífonos al escuchar Carlos Salem, Diego Ojeda, Marwan o Andrés Suárez; ella colocaba los separadores en los poemarios, subrayaba frases, buscaba canciones, cuidó muy bien de mí.

Antes de dormir la abracé como nunca había abrazado a nadie, besé sus mejillas, ella secó mis lágrimas y yo las tuyas, Le agradecí por todo el tiempo que me dedicó, agradecí por besarme cada ruptura que había en mi interior; sus besos son imitación al llanto del fénix, sus besos curan y dejan nula la cicatriz. Es nuestra última noche juntas, ambas sabemos que me encuentro mejor.

Ella tenía razón, ella al hablarme de fe me estaba hablando de ti.